

## “Transfiguraciones”

Iván Mauricio Suárez C.

Esa noche no dejé de revisar las cartas de Rodrigo a Margarita y los recortes de periódicos que lo idolatraron y lo presentaron como un héroe patrio. Llevaba horas, y descubrí algunos detalles que se me hicieron muy familiares, casi personales de la vida de Rodrigo. Solía asistir a las reuniones de gremio sólo para formalizar, o detestaba las críticas, tal como Sábado con el ejemplo del cirujano. Después de profundizar en esos detalles y conocer realmente las preferencias y aficiones del artista que lo cambió todo, caí profundamente dormido, agotado por tanta información y saturado por todo lo que había por procesar.

\* \* \*

Entre sueños desperté aún muy agotado, y no pude más que pensar en la anterior noche que pasé con Margarita vagando por la ciudad y entrando a cuanto sitio se viera llamativo. Cuánto me entretenía y me conectaba a este hermoso mundo que en ocasiones tanto detesto, el estar cerca de ella; cuán hermosa era ella, tan delicada, fuerte y, sin embargo, me sentía tan devastado por el cansancio, sórdido en la razón y el pensamiento, que me libré de ella rápidamente y llegué a casa lo más pronto que pude. Cómo me arrepiento de no aprovechar cada segundo cerca de Margarita, ella que con su cabello puede mover cualquier cosa y con su armonía permitir cualquier negativa. Ella me lleva a un abismo donde estoy a punto de caer y siento un vértigo que me llama, y ese vértigo suicida es una sonrisa de Margarita. Dudé por un momento si ella disfrutaba de mi compañía, pero tantas risas, tantos gestos cariñosos y aquella mirada no podían ser fingidos. Era la mujer más adorable y al mismo tiempo aborrecible, pues ella era siniestra y oscura en su ternura. Pese a ello, Margarita no podía dejar de enamorarme.

No podía dejar de sonreír, y al mismo tiempo sentirme ofuscado por haber dejado una gran noche tirada en algún rincón de esta ciudad gris, perdida en el tiempo. Pensé en llamarla, pero una carta sería mucho más interesante. Siempre he adorado el poder de la palabra escrita, capaz de trascender a través de las fronteras. Mientras escribía esas palabras, la música que flotaba en mi cabeza me impulsaba a crear algo tan grande que revolucionara todas las cosas, y sin perder mi costumbre, pensé que el arte era el medio perfecto para lograrlo. Pensé en plasmar el amor, ese que vaga todas las horas por mi cuerpo tan intensamente que me quiebra y me alucina. Sería un gran dibujo, y si lograra enamorar a una sola persona en el mundo, mi objetivo estaría cumplido. Terminé de escribir la carta a Margarita, y me sentía ridículo porque mi forma de escribirle a una mujer solía ser aquella manera estereotípica de un adolescente enamorado.

Empecé a hacer los bosquejos para el dibujo del amor, y la conexión siempre tan difícil entre el papel y mi mano esta vez fue simple. No parecía un dibujante, sino un bailarín que mueve sus extremidades poseído por el viento. Tal vez eso hizo que el dibujo enamorara a la gente, pues la conexión entre el espectador y el dibujo gozaba de musicalidad, como si un costurero uniera el alma del espectador al dibujo con un hilo mágico.

En medio de esa tragicomedia de ideas y aquel frenesí de sentimientos, alguien tocaba a la puerta de mi casa. De pronto hubo un éxtasis en mí al pensar que era Margarita, y de verdad quería que fuese ella. Al abrir la puerta pensé que el mundo me quería regalar aquella ninfa. Esa lluvia dentro de mí se detuvo, y me congelé por completo. Al verla entrar noté algo peculiar en su rostro, y en sus ojos. Parecía como si aquella mirada perdida fuera el fruto de alguien que no durmió en toda la noche, se veía cansada; sin embargo irradiaba un poco más de energía que siempre (de una manera demencial lograba irradiar más energía que lo habitual). Pero su mirada me intrigaba. Percibí como si hubiera una barrera entre lo

que sentía y lo que expresaba. Quizás quería esconder lo que sentía por vergüenza. En ese momento mi interior era un estrellón monumental en una ciudad caótica, y colaborando a esa condición, descubrí que ella me amaba. Me fui acercando a ella, y noté que ella se ruborizaba y al mismo tiempo quería acercarse a mí. Sin haber dicho una sola palabra, el amor fluyó de una manera que nunca había sentido, que nadie podría haber sentido jamás.

Luego de unas horas en las que el tiempo se congeló, renací. Decidí mostrarle la idea que tuve y comentarle su origen. Ella quedó maravillada y con ganas de participar enteramente en ello. Se sentía de verdad comprometida, atada a ayudarme en mi plan. Sentí un poco de apatía y repugnancia ante tal iniciativa. Al reflexionar en esos sentimientos noté que ese dibujo y esa idea no eran mías, ni siquiera de ambos, le pertenecían completamente a ella por el simple hecho de existir a mi lado. Me agradó que ella sintiera lo mismo que me motivó a mí a intentar sacudir un poco esta realidad colectiva en la que estamos sumergidos.

Pasaron días en los que escasamente salía de mi estudio, o hablaba con alguien diferente a Margarita. Estaba muy concentrado en ella, en la obra y en la forma de divulgar mi mensaje a través de esa ciudad tan extranjera. Dibujaba sin parar, y cada vez le añadía más elementos o menos colores al dibujo para que fuese perfecto. Pensé que debería aplicar todo lo que aprendí, pero luego supe que no necesitaba nada de eso, y dejé que mi esencia navegara en ese mar de ideas y colores. Pasaba todo el tiempo con Margarita en esa ciudad que cada vez tenía más colores. Ella trabajaba en publicidad, lo cual era preciso para la divulgación de mi mensaje y, además, es interesante cómo funciona ese arriesgado juego. Finalmente, terminé los últimos detalles de mi obra, después de muchos meses de trabajo, dedicación y amor. Nadie la vio antes de que fuese publicada. Con ayuda de Margarita, que por ese tiempo ya vivía junto a mí, publiqué mi obra en todas las revistas de cultura y

algunas otras, periódicos y panfletos que pude. Además fue plasmada en muros, museos y exposiciones por toda la ciudad; fue publicitada en grandes vallas y murales como un producto nuevo que entra al mercado. La ciudad parecía brillar un poco más, y resaltar los colores natos que tenía. La gente se veía contenta y motivada en las calles. Mis amigos cercanos cambiaron su perspectiva. Todo parecía bailar desenfrenadamente con la misma música imaginaria con la que empezó todo. Lo más trascendente fue la perspectiva con la que esa sociedad avanzaba: la gente era honesta, el estado no era corrupto y había unión. La gente vivía bien, educándose y adquiriendo una cultura perdida y olvidada por todos los tipos de guerras.

Un día me llamaron de una revista con el fin de expandir mi “exposición del amor”. Claramente, el mensaje no llegó a todo el mundo, y en esos seres solo había ambición y deseo de obtener más y más. Ninguna obra, ningún vestigio en extinción de algún sentimiento memorable podía cambiar a ciertas ratas. Con rabia y odio respondí que era suficiente para mí, y para la gente con corazón. Decidí dejar las exposiciones, y solo hacer arte para mi vida y mis amigos. Opté por vivir una vida de verdad, una posible de vivir sin malos sentimientos y al lado de Margarita, la mujer de mi vida.

\* \* \*

En aquel momento desperté, y después de haber conocido personalmente a Rodrigo y vivir el momento más trascendente en su vida, me sentí contagiado por toda la temática de ese sueño. Al mismo tiempo, descubrí que a Rodrigo y a mí nos unía más que aquel sueño, un parentesco familiar. Después de algunas horas de meditación, no dejé de pensar en María; María que le daba brillo a las estrellas en la ciudad de la noche muerta. Luego de perder un poco o mucho tiempo pensando en María (una mujer tan hermosa que solo podía

relacionar con Margarita) y divagando, decidí hacer algo tan grande que no trascendiera, pero que tan grande que lo cambiara todo, por lo menos a lo largo de unas horas...